

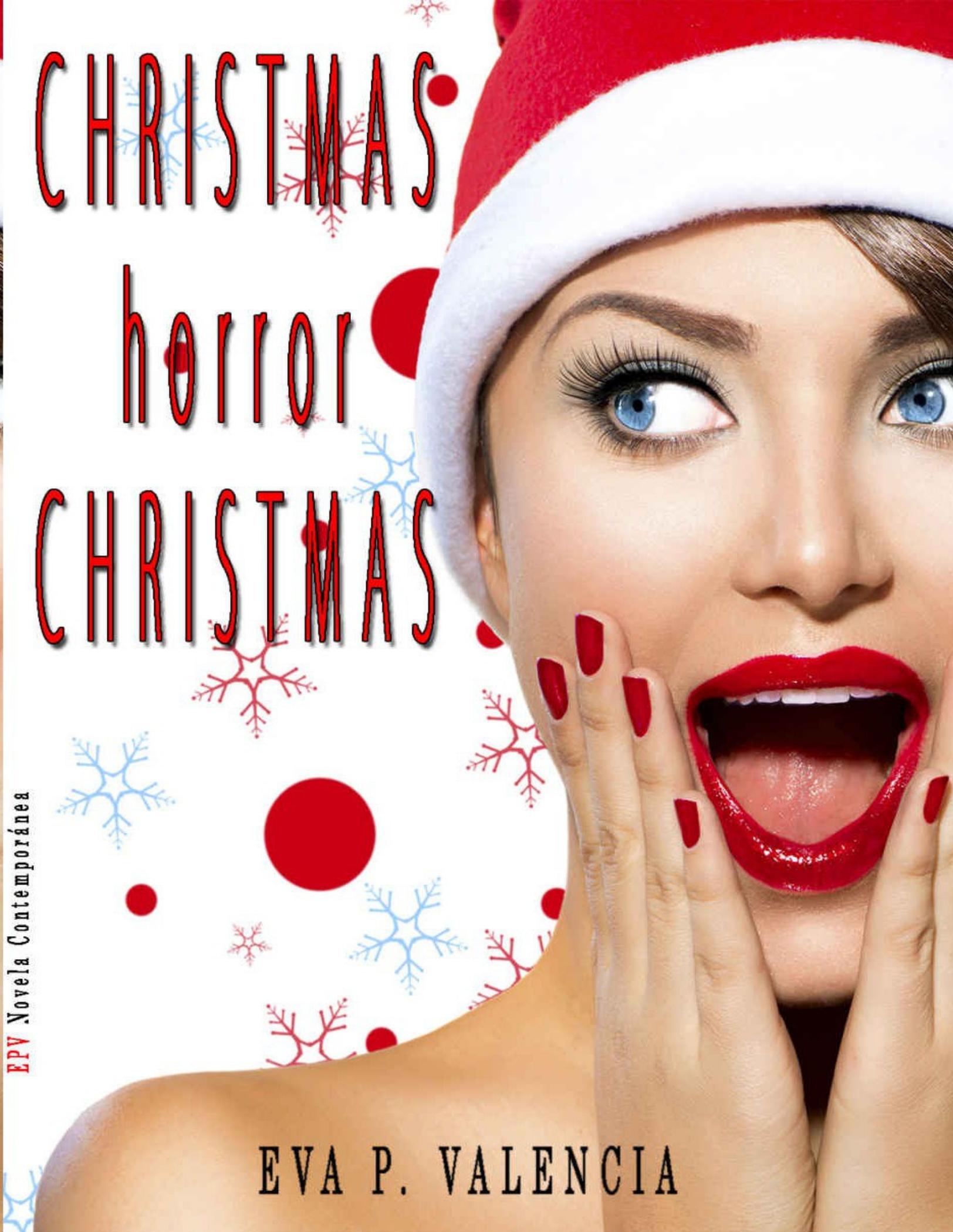
CHRISTMAS

horror

CHRISTMAS

EPV Novela Contemporánea

EVA P. VALENCIA



CHRISTMAS
horror
CHRISTMAS

EVA P. VALENCIA

Primera edición: agosto de 2018

© Eva P. Valencia, 2018

© EPV Novela contemporánea, 2018

Imagen de la cubierta: *Shutterstock*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia,
por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Todos los derechos reservados.

DEDICATORIA

A mi familia, siempre

La Navidad... no es un acontecimiento, sino parte de su hogar que uno lleva siempre en su corazón.

Freya Stark

ÍNDICE

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Índice](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Déjate seducir](#)

O

dio la Navidad, desde que tengo uso de razón. ¿Por qué?, te preguntarás. Muy sencillo, porque es del todo surrealista...

¿Un hombre disfrazado de rojo *Valentino* rodeado de duendes que va montado en un trineo mágico volador tirado por renos, capitaneado por Rudolph (un reno que ilumina el camino con su nariz roja y brillante), cuya misión es entrar en los hogares de los niños buenos (ahí es cuando salgo escopeteada de la ecuación), bajar por la chimenea y obsequiarlos con regalos?

¡Ejem! ¿No oléis algo raro en todo este asunto? Y lo digo desde el respeto, que conste. Pero, desde el punto de vista legal (como buena abogada que me caracteriza) esto apesta a chamusquina, a trola (en el argot callejero) y en las próximas líneas pienso defender mi postura.

Así que vayamos por partes, como dijo Jack el destripador (otro que también se las trae...)

Punto número uno, cuenta la leyenda que el bueno de San Nicolás nació en el trescientos diez después de Cristo...

¡Alto, recapitulemos!

Echando cuentas, así, a bote pronto, calculo que a día de hoy este buen hombre de rostro níveo, regordetas mejillas sonrosadas y prominente panza, tiene mil setecientos ocho años (que por otro lado, se conserva de puta madre). Por lo que, fiscalmente ha cotizado con creces lo suficiente para una buena jubilación.

No sé, yo creo que debería estar en una isla paradisíaca, tostándose en la playa mientras se toma un daiquiri y una jovencita autóctona (o jovencito, que yo con las orientaciones sexuales de moda de hoy en día, no me meto) le esparce generosamente crema en la espalda.

Punto número dos, si una persona se dedica a entrar en los hogares ajenos con la excusa que sea, a eso desde siempre se le ha denominado: allanamiento de morada, un delito que tiene pena de cárcel.

Y punto número tres, pongo la mano en el fuego sin riesgo a quemarme

que no soy la única persona sobre la faz de la Tierra que piense que todo se ha creado con un único fin: puro marketing y sino que se lo rebatan a la marca *Coca-Cola*.

En cualquier caso, Papá Noel, Santa Claus, San Nicolás, Pascuero o como quieras llamarte, por suerte para todos, cada vez hay menos adeptos que crean en ti, incluida una servidora.

Observo mi reloj de pulsera, son las once de la noche, vísperas de Navidad y sigo anclada en la silla de mi despacho en la planta ciento uno, en un rascacielos de la calle 42, en Lower Manhattan y con vistas panorámicas del río Hudson.

Mi socia, Grace Wilson, hace horas que se ha marchado a casa a festejar la nochebuena en familia. Y no le culpo, a mí no me espera nadie, ni ganas, hace años que no acudo a ninguna fiesta navideña, las encuentro tremendamente soporíferas.

Lo cierto es que prefiero la compañía de este vaso de plástico que tengo entre mis dedos, un chorro de vodka y el último cubito que quedaba en el compartimento de congelados del fondo de la nevera.

Y que conste que no lo hago para ahogar las penas, para nada... simplemente es porque no tenía nada más a mano para maridar con la comida china recalentada del mediodía que había guardado en un *Tupperware*. Además, el agua es para las ranas.

Pero cuando estoy en el mejor momento de la noche, a punto de poner los pies sobre la mesa y encenderme un cigarrillo, alguien aporrea la puerta en tres ocasiones.

—¿En serio? No puedo creerlo.

Apuesto un dólar de plata que es Grace olvidándose el regalo de alguno de los miembros de su tribu, (lo digo en tono cariñoso, lo juro, pero... es que tiene cuatro hijos, todos ellos varones sin contar a su marido).

—Quién no tenga cabeza, que tenga pies... —digo de viva voz para que me vaya oyendo mientras camino hacia allí— Pero, alma de cántaro, ¿qué puede ser tan importante para dejar a tu familia tirada y venir a la oficina en Nochebuena?

Abro la puerta sin pensar, sin tener en cuenta que, muy probablemente, quien esté al otro lado no sea ella y en su lugar sea un reputado asesinillo en seriecilla que esté en búsqueda y captura y le guste ir degollando a jovencitas solitarias.

¡Ups! Pues, sintiéndolo mucho, ya es demasiado tarde.

—Pero, ¿y tú quién eres?

(Hagamos una pausa).

Tengo ante mí a un tipo que no había visto nunca, vestido como en la película *Rebelde sin causa*, a lo James Dean. Entrando en detalles: tejanos de corte recto, con doblez en el extremo de las piernas, unas botas negras muy simples, camiseta blanca y chaqueta de piel negra. Tiene un copete^[1] en el pelo y un cigarrillo a medio fumar colgando de los labios.

—Soy Santa, Amy.

—¿Santa, qué? ¿Santa María Teresa de Calcuta?

Me echo a reír con ganas. Sin ánimo de ofender, por supuesto y reanuda a hablar cuando al fin dejo de mofarme.

—Soy Santa Claus.

—Claro y yo Gisele Bündchen, lo que pasa es que me has pillado sin maquillar...

Hago un gesto vago con la mano restándole importancia a ese hecho y cuando trato de cerrarle la puerta en las narices, deja caer el cigarrillo al suelo con bastante desgana y, tras pisarlo con la suela de sus botas, me lo impide.

—Soy Nicolás de Barí.

«¡Ah, vale! Ese apodo no me lo conocía, me lo apunto.»

—Y he venido desde muy lejos con único propósito, devolverte el espíritu de la Navidad a tu corazón.

—Estás de broma, ¿verdad? —me rio— Venga, confiesa, ¿qué te has fumado?

—En absoluto, jamás osaría estar de broma con la Navidad, *Joufflu*.

—Un momento... ¡Espera un momento!

De repente, siento como me tiembla la voz, incapaz de poder evitar que la saliva se apelmace en el interior de mi garganta.

Joufflu, así es como solía llamarme mi padre cuando era pequeña porque decía que tenía las mejillas tan turgentes y esponjosas como el algodón de azúcar.

Abro mucho los ojos presa del pánico.

Nadie, nunca, jamás, salvo mi madre sabe que él en ocasiones se dirigía a mí con ese apodo. Naturalmente, puedo atestiguarlo, pero se entiende que ahora no es el momento ni el lugar para ello. Te recuerdo que hay un tipo raro en el descansillo de mi oficina.

—¿Me has estado espiando? ¿Acabas de salir de un psiquiátrico? ¿No serás de esos diagnosticados con el TOC, verdad?

Me echo a llorar durante un rato, mis ojos se anegan en lágrimas, incluso me permito el lujo de hipar.

Sí, estoy aquí, ante un perturbado psicópata asesino de jóvenes atractivas con unas medidas de infarto... (Eso último también es cierto) y de no ser así tengo todo el derecho a decirlo pues es mi última voluntad antes de morir y de ser trinchada como un pavo asado en Acción de Gracias.

Eso me hace recapacitar, pensar, pues ahora que estoy a punto de morir, me arrepiento de tantas cosas que no he hecho, como por ejemplo: tirarme en paracaídas desde un rascacielos, viajar a las Vegas con una amiga y casarme con un desconocido para luego divorciarme al día siguiente, tatuarme la cara de mi novio en un lugar inhóspito de mi maravillosa anatomía...

(Lloro aún más).

Pero, si no tengo novio... ¡Qué desgraciadita soy!

—¡No me mates todavía, por favor!

Clavo mis rodillas en el suelo, cierro los ojos, entrelazo mis dedos y rezo en voz alta ante el doble del icono cinematográfico de los años cincuenta que movía masas, a la espera de notar como la afilada hoja de un cuchillo rebaña mi cuello, seccionando la yugular y mi sangre sale a borbotones sin poder hacer nada por impedirlo. Así de rápido.

Reconozcámoslo, es una muerte bastante peliculera pero mucho mejor que morir mientras caminas y te cae una maceta en la cabeza. O mientras estás en la ducha, pisas la pastilla de jabón de turno, resbalas y... ¡Zas! Te dislocas la nuca contra el borde de la bañera.

¡Ni qué decir que la primera de las opciones es mucho más glamurosa!

En un principio espero y espero al fatídico desenlace, sin embargo no ocurre nada de lo que a priori vaticino.

Observo por el rabillo del ojo y resulta que ni estoy muerta ni el tipo se ha largado, continúa frente de mí.

—Bueno, Amy —cruza los brazos en señal de disconformidad— No dispongo de mucho tiempo, así que debemos empezar cuanto antes.

—Que sea rápido, por favor.

—Lo será —dice tajante el muy cabrón.

¡Ui! Estoy segura de que me va a doler. Siempre he pensado que la muerte es dolorosa y estoy a segundos de comprobarlo en mis propias carnes.

Ahora es cuando aprieto los dientes, haciéndolos rechinar. Tengo veintiocho años y creo que es la primera vez en mi vida que me he meado en las bragas.

—¿Quién te gustaría ser?

Pestañeo sin comprender, retirándome las lágrimas con la mano.

—¡Vaya! No sabía que antes de morir puedes elegir quién ser.

—¿Antes de morir? —Frunce el ceño— ¿Qué quieres decir?

—Vamos, no lo demores más...

Sonrío con amargura y noto un tic nervioso en el ojo derecho, mientras se me va haciendo un nudo en el estómago.

—Tú eres un loco, ¡perdón...! —Mejor será no quitarle mérito al asunto — Un psicópata asesinillo en seriecilla y yo una pobre chica desamparada y sola en el mundo, mundial. Nadie me echará de menos —Medito un poco— Bueno, quizá mi casero y mi gata Amelia.

Y entonces le oigo soltar una sonora carcajada.

—Ja, ja, ja...

—¿Ja, ja, ja? —Le increpo por primera vez— Respuesta incorrecta, jovencito. Santa diría: ¡Jou, jou, jou!

Se queda mudo al instante sin dejar de mirarme.

—¡Ves! Ves cómo no eres más que un maldito farsante —Le señalo con el dedo, acusándole como la haría una niña chica— ¡Te cacé!

Él suspira hondamente y poco después chasquea los dedos. Y por arte de magia o por el efecto del vodka que acabo de tomar hace unos minutos, James Dean se esfuma y en su lugar aparece... Papa Noel.

A

bro los ojos lentamente y finto a mi alrededor para poner las cosas en perspectiva.

Resulta que me encuentro tumbada en el sofá de mi despacho, con un fuerte golpe en la cabeza debido al desmayo y ni rastro de Santa. Apenas recuerdo qué ha ocurrido y lo prefiero.

Trato de incorporarme despacio pero noto que me estoy mareando y que mi ángulo de visión se estrecha.

Al cabo de un rato consigo tenerme en pie y cuando empiezo a caminar por la sala, tropiezo con unas recias botas de cuero en el suelo.

—¿De quién es esto?

—De un servidor.

Alzo la vista rauda y veo ante mí al causante de todas mis desgracias.

Santa Claus se encamina hacia mí mostrándome una amplia sonrisa y a mí me empieza a temblar la rodilla.

«¡Maldita sea!»

Entablamos contacto visual.

«Esto no está pasando —trato de convencerme a mí misma mientras masajeo mi sien con la yema de los dedos—, esto no está pasando, esto no está pasando... Todo forma parte de mi imaginación causado por el golpe en la cabeza y pronto se desvanecerá.»

—Perdona mi desorden, Amy —parece algo avergonzado y me coloca un paño mojado en la frente— Acostumbro a coger confianza demasiado rápido. Tantos años en activo, algún inconveniente tendría que tener, ¿no?

Llegados a este punto de la película, no sé cuál debería ser mi reacción: ¿asombrada, ofendida, escandalizada? Sin duda tengo una imaginación portentosa, el tipo parece tan real...

«Cerraré los ojos y cuando cuente hasta tres el gordinflón desaparecerá... Venga... a la de una, a la de dos y a la de...»

—Soy real *Joufflu*.

Abro los ojos atónica y él sigue ahí.

—¡Deja de llamarme así!

Santa Claus no me rebate, ni siquiera parece inmutarse, en vez de eso saca de su bolsillo lo que a simple vista parece una agenda electrónica y sin pudor empieza a marcar algo con los dedos delante de mí.

Os prometo que la expresión expectante de mi rostro debe resultar grotesca. Ya lo decía mi madre: «los golpes en la cabeza no traen nada bueno.»

—Ya son demasiados años en este trabajo y mi memoria empieza a fallar pero gracias a estos artilugios de la era moderna, salgo bastante airoso. Me ayudan a organizarme mejor y a no olvidarme de nadie. Más de siete mil millones de fieles —dice y me mira de reojo mientras arruga la nariz— Bueno, y también algunos cientos de rezagados...

Abro mucho los ojos. ¿Me está vacilando otra vez?

—Veamos —observa su reloj de pulsera— Ya es medianoche y vamos con retraso. Tenemos una lista de cosas pendientes de hacer. Y asesinarte no entra precisamente en mis planes.

¡Oh, fantástico! Ahora resulta que el personaje mitológico que he ideado en mi cabeza me ha salido guasón.

Gracias a Dios no aparenta tener tintes violentos como Brad Pitt en *El Club de la lucha*.

Y entonces me formula de nuevo la misma pregunta de antes:

—¿Quién quieres ser?

Le miro a los ojos. No parece la mirada de un tipo que haya perdido el juicio sino todo lo contrario, es la dulce mirada de un viejecito adorable, de aquéllos que nada más verlos, sientes la irrefrenable tentación de pellizcar sus orondas mejillas.

Y en este preciso instante es cuando decido concederle el beneficio de la duda.

Lo que quiero decir es que puede que me equivoque, pero... ¡qué diablos!

—Venga, pues en ese caso me quedo con Gisele Bündchen... —digo alegremente.

Alza una ceja y finge no darle importancia. Imagino que debe ser el top ten de las elecciones entre las féminas. Y entonces añado:

—Puestos a elegir, para qué escatimar. ¡Venga, tiremos la casa por la ventana!

—Muy bien, ahora cierra los ojos y piensa en esa persona en cuestión.

Hago lo que me dice. Visualizo a Gisele desfilando por la pasarela como una diosa rubia, alta, delgadísima... con esas portentosas alas abatidas, con ese estilazo de tigresa... con esas gafas negras de culo de botella, con esos aparatos en los dientes y ese flequillo cortado con la ayuda de una palangana...

¡No es posible! Estaba visualizando a Gisele y, de pronto, en mi subconsciente, ha aparecido de la nada Ana María Orozco caracterizando a su personaje más conocido.

Oigo un chasquido de fondo y abro los ojos como platos.

«¡Oh, no, no, nooooooo...!»

—Ya está, tus deseos hecho órdenes —me dice y vuelve a chasquear los dedos.

Desaparece un segundo y después reaparece siendo el doble de James Dean.

—Ya podemos irnos.

Parpadeo dos veces, he menguado varios centímetros y mi ropa tiene el aspecto de unos harapos. Siento la imperiosa necesidad de comprobarlo, por lo que corro al aseo y me miro al espejo.

—¡Ahhhhhhhhhh! —Grito y lloro al mismo tiempo, básicamente porque se supone que iba a ser la mujer más guapa del universo y en su lugar soy—: ¡*Betty la fea!*

Pobre de mí...

Este es un precio demasiado elevado por seguir las normas de un completo desconocido. Así que, después de recuperarme del jamacuco inicial, intento convencer al colega de que no puede dejarme con este aspecto.

—Santa, arregla este desastre.

Niega fervientemente con la cabeza.

—Lo siento mucho, Amy —gorjea mi nombre— Un solo deseo por persona.

—¿Me tomas el pelo?

—Nunca osaría.

Y lo dice con tanta suavidad y con esa voz tan aterciopelada que en otras circunstancias incluso darían ganas de achucharle. Sin embargo, de lo que tengo ganas en estos momentos es de sujetarle del cuello y asfixiarle con mis propias manos.

—No te preocupes Amy, volverás a recuperar tu aspecto original en unas horas.

—Te advierto que *eso* no cambiará mi mosqueo.

Frunzo los labios.

—Tan pronto veas lo que he de mostrarte, cambiarás de opinión.

Él sonrío como si fuera capaz de vaticinar el futuro, como si supiera que esta noche va a ser crucial para mí, como si bastaran unas horas para dejar atrás mi aversión a la Navidad.

Pues..., anda que no va equivocado el colega. No sabe que se ha topado de bruces con un hueso duro de roer.

U

na hora más tarde nos hallamos en Brownsville, en el distrito de Brooklyn, al sureste de Nueva York. Según me explica, éste es uno de los barrios más peligrosos de la ciudad y en ocasiones más olvidados, excepto por él.

Sospecho que me ha traído aquí porque cree que lo tiene fácil a la hora de ablandarme el corazoncito: niños desamparados, podredumbre, delincuencia y un largo etcétera. Pero lo que no sabe es que por más injusticias que sucedan en el mundo, nada cambiará mi repulsión por la Navidad, absolutamente nada.

—No comprendo por qué tenemos que ocultar nuestra identidad. Aquí no hay nadie que pueda reconocerme.

—Tiempo al tiempo, Amy. No quieras correr antes de andar. Al final de la noche todas tus dudas serán resueltas.

Hago un mohín.

Resulta odioso, siempre tiene respuestas para todo. O sea, que dispone de unas horas para tratar de convencerme de una causa a priori perdida. Pues, en ese caso, muero de curiosidad por saber cómo piensa afrontarlo.

—Amy, eres una joven de buen corazón —suena bastante entrañable, lo confieso— Sólo que aún no lo sabes.

Me quedo muda.

Hace tanto tiempo que no oigo un halago acerca de mi persona, que casi siento vergüenza.

—Has sufrido mucho y ya va siendo hora de dejar de hacerlo.

Me pica la nariz. Me pasa siempre que reprimo las ganas de llorar, por lo que cambio de tema raudo.

—Hemos viajado en taxi, ¿dónde se supone que está tu trineo?

—Deberías saber que hay mucha fábula creada en torno a mi figura —se limita a sonreír— No todo es cierto.

—¿Y los duendes? Esos personajillos que te ayudan a repartir los regalos a millones de hogares en una sola noche...

—Mitos, son sólo mitos.

—¡Ohhh, qué pena! Mira que eran monos.

Se encoje de hombros.

—Así que eres pluriempleado. Tú te lo guisas y tú te lo comes...

Nos miramos el uno al otro.

—Mi misión es una muy distinta a la que los humanos han ideado.

—¿Y cuál es? —pregunto de pronto.

—No tardarás en descubrirlo.

Y, dicho esto, me indica que le siga.

Cruzamos la calle y, tras caminar varios metros, se sienta en un banco de madera frente a un edificio *brownstone*^[2] construido en arenisca rojiza.

—¿Qué se supone que vamos a hacer aquí?

—De momento, esperar.

—Pero... ¡Hace un frío de mil demonios!

Me quejo con conocimiento de causa y pongo morros enfurruñados pues aquí, en la intemperie y en vísperas de Navidad, es probable que estemos a varios grados bajo cero.

Muy distinto sería estar en la Quinta Avenida con sus escaparates decorados en especial *Macy's*, que dedican toda una planta a un mágico pueblo navideño denominado *Macy's Santaland*, o en Rockefeller Center con su famoso árbol de Navidad que mide por lo menos veintisiete metros de largo y unos siete de ancho, o en el *Christmas Lights Tour de Dyker Heights*, catalogada como la mejor zona decorada de EEUU en estas fechas, o el patinaje sobre hielo, o disfrutar de *El Cascanueces* de George Balanchine representado por el New York City Ballet...

—¡Amy, siéntate!

Vaya, vaya, vaya. El bueno de Santa interrumpe mis divagaciones de forma adusta y eso que parecía ser tan majo y tan modosito...

—Te aseguro que no estarás en otro lugar mejor que aquí.

Aleto mis *nuevas* y *rizadas* pestañas sin dar crédito.

—¿Acaso puedes leer mis pensamientos?

—No siempre, sólo en ocasiones. —Me aclara— Siéntate, Amy.

—¿En qué ocasiones?

Aunque gire la cabeza e intente disimular... ¡Le he visto poner los ojos en blanco!

—Pues quédate de pie si lo prefieres, pero es muy probable que estemos horas aquí, haciendo guardia.

Le miro, él me mira y luego observa al edificio, finge no importarle qué

pueda pasarme.

Me preocupa estar expuesta a un peligro inminente en estos lares donde Cristo perdió las sandalias. Puedo morir de hipotermia, ser atracada a punta de pistola, violada o incluso ser vendida a una red de trata de blancas... Aunque, la verdad sea dicha, con esta cara tan fea tengo ciertas dudas de que alguien se atreva siquiera a acercarse y mucho menos a cometer un delito de ese calibre y acabar enchironado. Porque mira que soy fea, fea a rabiar, fea con avaricia...

—Amy, deja de pensar un rato, ¿quieres? —Resopla— Me estás provocando jaqueca.

¡Lo mato! Juro por Dios que hoy a Santa lo mato, de una manera u otra, pero acaba bajo tierra.

—¡Deja de meterte en mi cabeza! ¡Mis pensamientos son privados...!

—Pues deja de pensar tan fuerte —me replica— Gritas demasiado.

Pongo los brazos en jarras y alzo el mentón con chulería.

—¿No sabes que eso es un delito contra la intimidad?

—Amy, sabes que no hay ninguna ley que contemple ese delito. Nadie, excepto yo tiene la capacidad para llevarlo a cabo.

Me quedo en silencio y frunzo los labios. Pues va a ser que Santa tiene razón. ¡Me cachis!

Propino un golpe en el suelo con el pie.

Lo sé, lo sé, sé que me estoy comportando como una chiquilla.

—*Touche!*

En ese preciso momento oigo una voz masculina en segundo plano desdibujada por el ruido de una puerta al cerrarse, la de un taxi. Echo una mirada furtiva.

Por algún motivo mi sexto sentido detectivesco me advierte que ese tipo es parte implicada en todo este embrollo.

El desconocido en cuestión se encamina hacia nosotros. Se trata de un joven adolescente afroamericano imberbe, algo desgarbado y ataviado con una chupa de cuero. Se mueve con los peculiares andares a lo John Travolta en *Grease*, esforzándose a aparentar ser un tipo chungo cuando aún no es más que un crío con aspecto de proyecto de hombre.

De hecho, no le culpo. Imagino que necesita mostrarse así porque debe ser muy duro sobrevivir en un barrio semejante.

Es la clase de lugar en el que es mejor armarse de una buena coraza, disfrazarse de chico malo y hacerse respetar, cuanto antes, mejor.

Pronto vuelvo la vista a Santa que se mantiene en silencio.

—Me da en la nariz de que estamos esperando a ese chico.

—Pues te da bien.

«¡Hurra! Al fin tenemos algo que hacer y pronto nos largaremos de aquí. Ya empezaba a aburrirme la escena.»

—Observa sin que note que le observas.

—Mola —me burlo con sorna y le muestro el pulgar vuelto hacia arriba — Igualito que en una peli de detectives.

—¡Shhh...!

El anónimo en cuestión tras echarnos una ojeada rápida y poner cara de espanto, pasa zumbando por nuestro lado y entra en el edificio.

Y no me extraña su reacción. En su lugar, me hubiese chocado contra la primera farola que me hubiese encontrado por el camino al ver sentados en un banco, a las dos de la madrugada y en víspera de Navidad a la reencarnación del mismísimo James Dean y a *Betty la Fea*, y la imagen me habría estado perseguiendo en forma de pesadillas recurrentes el resto de mi existencia.

De inmediato, Santa alarga el brazo y me coge de la mano.

Por primera vez siento su piel. Es tan gélida como un cubito de hielo pero a la vez es tan cercana... no sabría explicarlo. Jamás había sentido nada igual, os doy mi palabra, es como si fuera desnaturalizado. No sé, de otra honda distinta a la nuestra. Otra dimensión.

—Cierra los ojos —me ordena.

—¿Por qué? —pregunto tratando de librarme de su mano.

—Amy, por favor. Cierra los ojos, quiero que veas algo —insiste y me aprieta con más fuerza, quiere que deje de oponer resistencia— Se nos agota el tiempo.

Por supuesto hago lo que me dice y cierro los ojos, porque ¿quién osaría rebatir a Santa Claus? Una servidora, desde luego, no. (Lo digo en tono mofa).

Y por si la noche no fuera lo suficientemente surrealista, cuando mis párpados se cierran, aparece ante mí como en una advocación mariana la imagen del chico aporreando una puerta.

Permanezco inmóvil, boqueando, preparándome mentalmente para el primer asalto, como si estuviera disfrutando de la escena proyectada en una enorme pantalla de cinemascopio, siendo una mera espectadora y a la expectativa de lo que va a pasar en breve.

En momentos así, echo de menos un cubo de palomitas saladas y un refresco gigante de cola. Mientras tanto me consuela mordisquear las uñas.

¡Adiós a la manicura francesa...!

Sigamos, no nos perdamos por los cerros de Úbeda que el *sketch*^[3] está muy interesante. Esto no lo supera ni Iker Jiménez en Cuarto Milenio, palabrita del niño Jesús...

—Concéntrate, Amy —refunfuña por lo bajini.

Le miro de reojo y me clava una mirada malhumorada.

—Estoy tomando notas, Santa.

Venga, entremos en situación: alguien abre la puerta, es una mujer. Parece ser un familiar o algo por el estilo porque nada más verlo le estruja con tanta ansia que creo que le va a envasar al vacío.

Ella, la susodicha, (imagino que su madre), se echa a llorar desconsolada a sus pies como si no le hubiera visto en años y su llegada fuese inesperada.

Vamos, como si hubiese vuelto del más allá, de entre los muertos (para ser más gráfica).

—¡Ohhhh, mira eso! —exclamo mientras le codeo dos veces.

Santa no responde, se mantiene en completo silencio.

Y, entonces, de repente, ocurre el milagro...

Una niña, de unos ocho años, peinada a lo *flat twist* grita el nombre de Angus y se cuelga a su cuello. Y todo esto ocurre en vivo y en directo y yo, por segunda vez esta noche, me agunto las ganas de hacer pucheros.

—O sea, que así es cómo lo haces.

Tan pronto lo digo, Santa me suelta de la mano y me muestra un diminuto papel que previamente ha rebuscado en el bolsillo de su pantalón.

Lo desdoble, colmada de curiosidad y leo:

«Querido Santa Claus,

Me llamo Lisa y tengo ocho años y medio. Mi madre me ha dicho que escriba que saco muy buenas notas en el colegio y que me porto muy bien en clase.

También me ha dicho que pida un solo regalo porque no andas muy sobrado de pasta, pero lo que no sabe es que yo no quiero muñecas, ni bicis, ni consolas... yo lo único que pido es que mi hermanito mayor Angus deje la banda de chicos malos y vuelva a casa para que me lea un libro antes de irme a dormir cada noche.

Te quiero mucho, Santa Claus.

Lisa Brown.»

Le devuelvo la carta con mucho respecto y me quedo muda unos instantes. Me siento conmocionada.

Ahora, en parte, entiendo por qué estamos aquí, a estas horas intempestivas de la madrugada y pasando un frío de muerte.

Pero, ¡ojo! No te equivoques, sigo en mis trece. Sigo pensando que todo esto no va conmigo. ¿Me entenece el corazón? Sí, pero no sana mi animadversión a estas fechas.

—Angus desapareció hace unos meses pues una banda dedicada al tráfico de drogas lo había reclutado. Nadie conocía su paradero y su familia hacía un tiempo que había perdido toda esperanza de volverlo a ver. Incluso la misma policía lo daba por muerto.

—Me parece muy noble por tu parte el gesto que has tenido con esta familia, un gesto bienintencionado.

—Gracias, Amy. Sólo hago mi trabajo.

—Pero, si te resulta tan fácil conseguirlo, ¿por qué no erradicas la hambruna, las enfermedades, las guerras, la delincuencia y todas las atrocidades que existen en el mundo? Y... disculpa mi cinismo Santa, pero prefiero ser clara con esas cosas aunque hiera tus sentimientos.

—Eso no depende de mí, Amy —asegura con cierto desdén y me contempla con el entrecejo arrugado— Mi misión es devolver el...

—Devolver el espíritu navideño a la gente —pronuncio al unísono— O lo que es lo mismo: pan para hoy y hambre para mañana. Es como poner una tirita a un miembro amputado.

—Sólo puedo decirte que la moraleja de la historia la conocerás al final de la noche.

Se incorpora lentamente y luego me mira desde lo alto.

—Vamos, aún faltan dos paradas más.

D

urante todo el recorrido en taxi por las calles de Nueva York, Santa no habla, ni siquiera mantiene el contacto visual conmigo, se limita a mirar a través de la ventanilla.

En parte siento lástima y en parte siento ser tan dura con él porque sé que lo está haciendo lo mejor que puede, en serio. Pero, es que me repudia tanto en lo que se ha convertido el mundo que si es cierto que él ha sido bendecido con algún tipo de gracia divina, debería en la medida que pudiera, esforzarse mucho más para tratar de paliarlo y no declararse a priori, incapaz de hacerlo.

Sé de buena tinta que la verdad en ocasiones, escuece un poco...

Nos apeamos del taxi y Santa paga la carrera. Sonríe. Hay que reconocer que es todo un caballero, de los que están en vías de extinción (aunque también sea un poquito cascarrabias).

Todo a nuestro alrededor está sepultado por la oscuridad de la noche, exceptuando varios focos que alumbran la fachada revestida en piedra *Anstone* (un tipo de piedra caliza de color arena muy rica en magnesio) de un edificio de estilo neogótico rodeado por un frondoso y tenebroso bosque.

—¡Detente, Santa! —Le suelto de golpe completamente confundida—
¿Acaso me has traído a un hospital psiquiátrico?

—No es un psiquiátrico, sino una residencia de ancianos.

Suspiro algo aliviada.

Desde que hace años vi la película *Alguien voló sobre el nido del cuco*, siento fobia por estos centros de salud mental y también por las cofias de enfermera.

—Vamos a sentarnos allí —para mi gusto señala a un lugar algo apartado de la puerta de entrada.

—Después de ti —añado.

Nos acomodamos en una enorme roca que forma parte de la decoración del jardín y, al poco, noto como la mano de Santa se abre paso hacia la mía.

—Cierra los ojos.

¡Ale! De vuelta otra vez a las andadas y yo sin mis palomitas.

—Vaaaaale.

Pronto, una anciana diminuta y algo gibosa, aparece de la nada. Tiene el pelo entrecano el cual le cae en ondas sobre los hombros. Va vestida con un camisón en tonos crema y menta y, está sentada en una butaca.

Las profundas arrugas de su rostro manifiestan el transcurso del tiempo y las grisáceas ojeras, el cansancio acumulado.

Se encuentra en una habitación con una iluminación tenue sosteniendo la mano de alguien tendido en una cama, a su marido, quien presumo adivinar.

Una enternecedora historia de amor que le quedan los días contados, a juzgar por el delicado estado de él, quien se muestra acurrucado como un pajarito y frágil como una mariposa.

—Gregory está en la última etapa de su alzheimer. Hace tiempo que ya no es capaz de reconocer a su esposa Maggy. Carece de recuerdos, además de tener dificultad para distinguir el día de la noche.

Me quedo sin habla, sinceramente no sé qué decir.

—El amor en ocasiones puede ser tan infinito.

Noto los latidos de mi corazón golpeando con fuerza las paredes de mi tórax cuando Maggy se levanta de la silla, se descalza y, tras subirse a la cama, se recuesta a su lado. Luego, le da un beso en la mejilla y lo abraza con ternura por la espalda.

Algo en mi interior me dice que no es un beso de buenas noches, sino de despedida.

Y... de manera simple, rápida y rodeado de los brazos de Maggy, Gregory muere.

Abro los ojos desorbitados y me levanto bruscamente de la piedra.

Empiezo a encontrarme mal, muy mal... y a deambular desorientada. Necesito con urgencia echarme agua fría en la cara. Necesito borrar cuanto antes la imagen de ellos de mi retina.

Me siento una intrusa...

—¿Quién te has creído que eres?! —Vocifero, dirigiéndome a él que permanece sentado— ¡No tienes ningún derecho a obligarme a ver esto!

—Es necesario.

—¿Para qué, para quién? ¡No para mí! ¡No soy tan superficial como crees!

—Lee.

Me muestra otra hoja de papel doblada por la mitad.

—¡No quiero leer nada! ¡Lo que quiero es volver a mi despacho! ¡Ya!

—Lee, Amy.

Respiro con dificultad, mi pecho sube y baja trémulo.

—Por favor, lee.

Lo medito durante un rato y después, me acerco a él, resignada pero sin mirarle. Y antes de arrebatarle la carta de las manos, me restriego los ojos para poder leer con claridad.

La carta manuscrita dice así:

«Querido Santa Claus,

Aunque parezca mentira, a mis setenta y cinco años aún sigo creyendo en ti y en el espíritu de la Navidad.

Jamás te he pedido nada, porque afortunadamente la vida me ha regalado todo lo que he deseado, a mi marido Gregory.

No tuvimos descendencia, pero nunca nos importó. Nos bastábamos el uno con el otro para ser felices con plenitud.

Pero el destino ha decidido por nosotros y muy pronto él se irá.

Sólo te pido un único regalo de Navidad: deseo estar a su lado, darle un último beso y rodearle con mis brazos antes de partir para que sienta lo mucho que le amo.

Con afecto,

Maggy Thomson.»

—¡Genial...! Ahora además, soy cómplice de asesinato en primer grado.

—Amy, era su hora. Era la hora de marcharse. Ya había sufrido demasiado.

—Francamente, no sé qué pensar...

Guarda silencio, un silencio pétreo que me irrita. Sin embargo quiero que diga algo más, aunque sea terrible, aunque sea impropio de un ser tan ancestral, pero no lo hace.

Si su buena intención era partirme el alma en dos... ¡Felicidades, Santa! Lo has conseguido.

M

e pide que le acompañe a un último lugar, casi me lo implora. Me he negado en redondo, por esta noche ya he tenido suficiente; incluso para los restos...

De modo que me cierro en banda y hago oídos sordos a sus súplicas, hasta que sucumbo, otra vez.

—Una más, Amy. Y te prometo que luego me perderás de vista para siempre.

Lo que me ha convencido no han sido sus palabras, sino la expresión en su rostro mientras las pronunciaba.

Son cerca de las cuatro de la madrugada y está nevando con intensidad. Caen pequeños cristales de hielo que adoptan distintas formas geométricas agrupándose en copos y que pronto cuajan en las aceras, asemejando su apariencia a una hermosa postal navideña.

—Ya casi hemos llegado, queda muy poco.

Conozco esta zona, la conozco muy bien. Es la calle 46 esquina con la Avenida 12, donde pasé mi infancia y parte de mi adolescencia hasta que me mudé al pequeño apartamento cerca del despacho de la calle 42.

El taxi nos deja delante de un establecimiento llamado H&H, un lugar ideal para insomnes y de paso degustar algo tan típico como un delicioso ^[4]*bagel* las veinticuatro horas del día.

—Entremos.

—Vaya, por fin hacemos algo de provecho en lo que llevamos de noche —dejo caer con menosprecio— Además, es gratificante saber que no soy la única que se muere de hambre.

Santa hace mutis pero alza una ceja que simula un sí.

Nunca había conocido a nadie que fuese capaz de mantener tantos espacios en silencio en una conversación y expresar tanto sólo con gestos.

Entramos y sin demora nos dirigimos al fondo, a una mesa de cuatro junto a la ventana. En el breve trayecto varios clientes se nos quedan mirando y no

es de extrañar, hacemos una pareja de lo más variopinta.

Me quito las gruesas gafas de pasta y me froto la cara con las manos.

Siento el agotamiento como empieza a apoderarse de mi cuerpo. Trasnuchar no va conmigo, no acostumbro a saltarme los horarios establecidos por mí misma. Suelo seguir un mismo patrón y siempre soy bastante estricta con casi todo lo que hago: en mis hábitos alimentarios (cinco comidas al día), en mi apariencia (cuido al detalle todo mi vestuario), en el gimnasio (practico el *body combat* tres veces por semana y el yoga los días alternos) y en las horas destinadas a dormir (no menos de ocho diarias).

Afortunadamente la camarera no tarda en hacer acto de presencia con su blog de notas en una mano y el lapicero en la otra, pues hace un rato que me ruge el estómago.

—¿Qué van a tomar?

—Para mí un café con leche y un *bagel* Montreal con sésamo, por favor —dice Santa mientras hojeo la carta y acabo de decidirme.

—Y yo quisiera... un café solo sin azúcar y... un *bagel* Nueva York relleno de queso crema y dulce casero de frambuesa, gracias.

Alzo la vista y al fijarme en la mujer de mediana edad que tengo frente de mí, se me tensa el estómago al instante.

Siento una repentina ansiedad...

Conozco ese rostro, conozco bien esa tímida sonrisa comedida y el grisáceo de sus ojos. Aunque al principio me haya costado reconocerla al estar oculta bajo su extrema delgadez.

Desaparecí de su vida un veinticinco de diciembre y no regresé jamás.

Abandoné a mi madre tras una fuerte disputa, que así, a bote pronto, ni siquiera recuerdo por qué discutíamos. Lo único que sé es que es algo de lo que no me siento muy orgullosa que digamos.

Ahora es ella quien me mira directamente a la cara y siento como se me parte el corazón al comprobar cómo se gana la vida y en el deplorable estado en el que se encuentra.

Recuerdo que cuando me fui de su casa, se ganaba muy bien la vida. Era redactora en un diario de alta tirada y media difusión.

Pero ahora me doy cuenta de que por desgracia la suerte no le sonreído demasiado y la vida no le ha tratado nada bien.

—¿Esto es lo que me tenías reservado al final de la noche? —le increpo de malas formas y sin recato.

Santa se ha pasado de castaño oscuro.

Mis asuntos privados son eso, privados. Y yo decido cómo y cuándo quiero afrontar mis problemas.

Básicamente, nunca dejo que nadie decida por mí, ni se inmiscuya en mi proceder. Después de todo, si me equivoco o acierto, siempre es mi responsabilidad y de nadie más.

—Ahora entiendo mi disfraz...

En aquel momento aprieto los dientes.

Lo único que me apetece es levantarme y largarme de allí para perderlo de vista lo antes posible.

¡Esto es una maldita encerrona!

Santa y yo intercambiamos una mirada mientras continuamos sentados en silencio medio minuto. Él, con los brazos cruzados y yo con la vena carótida a punto de estallar.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? ¡Habla, joder! —Farfullo porque me enerva que se quede en silencio. Me indigna profundamente su actitud pasiva— Por el amor de Dios... ¡Di algo!

Cuando dejo de alzar la voz, él rompe el silencio.

—Esto es para ti, Amy —apremia y me muestra un fajo de papeles doblados por la mitad y atados con un cordel.

Lo miro nada sorprendida, más bien molesta.

—¿Qué es esto, más cartas?

En silencio las desliza a mi lado de la mesa.

—Son de tu madre. Son cartas dirigidas a mí pero que hablan de ti. — Musita— Diez, para ser exactos.

Clavo una mirada de rechazo a Santa y aprieto los labios.

—No necesito leerlas, no quiero leerlas.

Devuelvo las cartas a su lado de la mesa.

—No quieres leerlas porque sabes lo que vas a encontrar en su interior —empieza a decir con tintes acusatorios— Ella nunca ha dejado de pensar en ti.

—No sigas por ese camino —le amenazo al tiempo que me remuevo nerviosa en el asiento— En lo que respecta a mí, no lograrás reblandecerme.

—Deberías concederle el beneficio de la duda. Ella no tuvo nada que ver con la muerte de tu padre —acaba de decir al fin.

—¡Mientes...!

Noto como mis ojos empiezan a abnegarse en lágrimas y antes de romper a llorar me levanto abruptamente y echo a correr dejando plantado a Santa en

mitad de aquella improvisada cena-desayuno.

Para vuestra información, mi padre murió un veinticinco de diciembre cuando tan sólo tenía once años y mi madre fue la responsable de su muerte y nada ni nadie, cambiará ese hecho.

Ni siquiera tú, Santa Claus.

N

o he pegado ojo en toda la noche. Me ha sido imposible dejar de pensar en todo lo sucedido horas antes, intentando espantar el recuerdo del peor día de mi vida: la muerte de mi padre.

Llevo horas sentada en el sofá con mi gata Amelia durmiendo en mi regazo, ronroneando de vez en cuando. Llevo pelo recogido en un moño y tengo los ojos hinchados de tanto llorar incapaz de tragarme la rabia y la pena.

Hoy es Navidad... ¡Jodida Navidad!

Hoy se cumplen diecisiete años, los mismos años que llevo odiando a mi madre por no estar en casa para socorrer a mi padre cuando sufrió el infarto porque estaba demasiado ocupada en su trabajo. Para ella, lo primero siempre fue lo primero.

Cierro los ojos y me trago el nudo que lleva rato formado en mi garganta.

¡Maldito Santa Claus! No tenías ningún derecho a obligarme a revivir aquel suceso.

Al final, no sé cuándo ni cómo pero, en algún momento de la mañana me quedo profundamente dormida en el sofá, abrazada al cojín.

Imagino que caigo rendida, agotada tanto física como emocionalmente. Cuando, de pronto, un pitido demencial, el de la bandeja de entrada de mensajes de mi móvil, me despierta de golpe.

Me incorporo y lo busco en el interior de mi bolso.

Nada más desbloquear la pantalla abro los ojos de par en par al descubrir varios mensajes de *WhatsApp* de un tal: ¡Jou, jou, jou!

—¡Por el amor de Dios! —Suelto de sopetón— Desde luego insistente lo es un rato largo...

Debo reconocer que acabo de contenerme una sonrisa, pero pequeña, ¿eh? No os ilusionéis tan pronto...

¡Perfecto, genial! Y aquí me hallo yo con un problema por resolver, embobada, mirando la pantalla como un gato siguiendo la luz roja de un puntero láser.

Leer el correo o no leerlo, he ahí el dilema.

En resumen: no quería pero reconozco que he tardado minuto y medio en abrir el primero de los mensajes.

Los demás han caído rodados, uno detrás del otro.

Se trata de las famosas diez cartas de mi madre, escritas de su puño y letra, escaneadas por Santa y pidiéndole siempre un único deseo: verme sólo una vez más.

Y... ¿Sabéis qué? Os juro que no me arrepiento de haberlas leído pues me sobran segundos para darme una ducha rápida, vestirme con algo cómodo, comprobar en el espejo que he dejado de ser *Betty la fea* y pillar el primer taxi que doble la esquina con un único destino: la casa de mi madre.

Epílogo

Jamás he vuelto a ver a Santa, imagino que debe de tener la agenda electrónica tan colmada de los deseos de tantísima gente, que no dispone de huecos libres para ocuparse de los viejos amigos.

Con respecto a mi madre, ella y yo tratamos día a día de recuperar el tiempo perdido y de sanar viejas rencillas.

Ambas hemos descubierto que el odio y el rencor no conducen a nada, salvo a sufrimiento.

Además, el tiempo es un bien escaso que pronto se pierde y nunca se recupera. Por lo que he decidido no malgastar ni un solo segundo más ya que nadie es sabedor del tiempo del que disponemos para compartir con los seres queridos.

Y... en cuanto a la pregunta de si al final él ha logrado que recupere el espíritu de la Navidad, pues... ¡Ejem! Siento ser una egoísta y no compartir la respuesta, pero eso es algo que me pertenece sólo a mí.

Lo único que puedo alegar en mi defensa es que gracias al bueno de Santa Claus alias James Dean, el veinticinco de diciembre permanecerá para siempre marcado en letras rojas en lo más profundo de mi corazón.

AGRADECIMIENTOS

*A todos los lectores que día a día se emocionan con mis novelas.
Y, sobre todo, a mi familia.
Gracias infinitas, de todo corazón.*

Déjate seducir por la saga LOCA SEDUCCIÓN y TENTACIÓN con más de 30.000 ejemplares vendidos en las distintas plataformas digitales.

1. Otoño en Manhattan
- 1.5. Quiero ser tu principio y tu fin
2. Recuérdame
3. Sin mirar atrás
- 3.5. Alguien inesperado

Sigue las últimas novedades en: www.evapvalencia.com

[1] *Copete, Pelo que se lleva levantado sobre la frente.*

[2] *Brownstone: Literalmente, en inglés, «piedra parda»), material de construcción utilizado en ciertos edificios de Nueva York (Estados Unidos).*

[3] *Sketch, escena breve, normalmente cómica, que con otras de las mismas características se integra en un conjuntoteatral, cinematográfico o televisivo.*

[4] *Bagel, es un pan elaborado tradicionalmente de harina de trigo y que suele tener un agujero en el centro.*